

Un poco de fe.

Por Neverg Londoño Arias

Los soldados pasan por el camino que limita con el patio de recreos de la escuela y todos nos apretujamos contra la cerca para ver el desfile de uniformes, armas y morrales... "pasa... pasa... pasa el batallón... din, din, don"... en riguroso orden pasan los infantes con sus vestidos impecables y su cara sonriente, acabaditos de bañar; armas que brillan como las botas y los dientes ante el sol implacable de las diez de la mañana. Van camino a la montaña para hacer el juego de la guerra. Ellos creen que la patria les pertenece y es necesario defenderla ante un enemigo que, a su vez, cree que la patria le pertenece y es necesario defenderla.

Cuando comienza la clase de Religión, se inicia la balacera. Hay que encontrar refugio bajo las bancas y mesas hechas con madera de orillos que en aquel momento prueban su resistencia. Las explosiones cunden, el olor a pólvora se extiende y una bala perdida destroza el florero que contiene un solitario girasol. Estruendo de vidrios rotos y pétalos amarillos esparcidos sobre los espacios del aula entre los resplandores del miedo. Después de un aterrador silencio, se escucha el tropel desordenado de la tropa que regresa al cuartel a descansar la fatiga y los desenfrenos. Regresamos "a los vuelos" a nuestras casas, donde cada quien sale de bajo las camas y de los subterráneos. La contienda queda diez a cuatro a favor de los soldados.

Los niños somos testigos de la guerra; conocemos el olor a pólvora, a huida, a sangre fresca, a desplazamiento forzado, a escondite y a miedo. Aún con los años no es posible arrancar esos olores pegados a la piel. Son recuerdos amarrados a la memoria que se llevan como un estigma para todos los tiempos y nos convierten en adultos tristes, resentidos y violentos.

Mi nombre es Simón, escribo recordando a Ana, mi hermana mayor, con quien compartí la infancia en Lejanías, una vereda fabricada al pie de la montaña, donde el caserío se mira en los espejos del río que canta sus monótonos sonidos de agua contra las piedras y arrulla el sueño en las tardes tranquilas y las noches de lluvia.

Ana y yo vivimos la guerra.

Las rutinas en la vereda son las de todas las familias del campo: Mamá se levanta temprano a echarle maíz a las gallinas, el concentrado al perro, ordeñar las vacas y arreglar el desayuno para despacharnos para la escuela. Papá abre la tienda porque los clientes acuden muy temprano a comprar el pan, las arepas y los huevos para el desayuno. A las nueve de la mañana, pasa por la puerta de atrás de la casa, a otro mundo, se calza las botas pantaneras y acompañado por el casero y Tedy, mi viejo labrador, recorre los sembrados de papa, maíz, cebolla y cilantro. Mamá prepara los alimentos y atiende los oficios de la casa. Nosotros asistimos a clases en la escuela y en los ratos libres, salimos de paseo con Tedy por todos los caminos y participamos de los juegos en el coliseo comunal. Siempre hemos vivido en la vereda Alegrías y mañana termina el año escolar. Han pasado diez años sencillos y felices de la infancia; no se entiende por qué se fueron tan pronto. Éste es el momento de prepararnos para iniciar la secundaria.

Los militares improvisan un cuartel, muy cerca de la tienda que abastece a vecinos y campesinos, aquí en el extremo de la vereda, donde se inicia el ascenso a la montaña. Aumentan las ventas y la zozobra. Se restringe el paso con el cierre de los caminos y desde las cinco de la tarde todos los pobladores deben estar en la seguridad, no asegurada, de sus hogares. No se permite el uso de linternas, velas, lumbreras, ni fogatas; el servicio de energía es suspendido desde la subestación veredal a las cinco de la tarde.

Ana acostumbra subir al techo de la casa para espiar el movimiento de los soldados, los tanques de guerra y el desfile de hombres hacia todos los lados. Cuando la adolescencia entra en su cuerpo, parece haberse convertido en objetivo militar. Los soldados la provocan con sus piropos obscenos y los jóvenes oficiales incitan al rubor y a inocentes sonrisas. Ana entra en conflicto con papá y mamá, por su rebeldía; ella les reclama por la falta de atención y considera que aquel encierro sepulcral es la causa de sus silencios. Los únicos amigos que la visitan son dos compañeros de la escuela, con quienes entra en interminables cuchicheos.

Un día de tranquilidad, en el temor de las cinco de la mañana, cientos de muchachos armados emboscan a los soldados, los toman prisioneros, se apoderan de sus armas y ocupan militarmente la vereda. Ante los constantes combates tan cercanos a nuestras vidas y los anuncios reiterados de reclutamiento de niños, niñas y jóvenes; y para proteger la integridad de Ana, una mañana de agosto, papá y

mamá deciden que se debe emigrar a la capital, abandonar a Tedy, la tienda, la tierra, las vacas, y las cosechas.

¡La gran ciudad!... La prolongación de la guerra que nos convierte en desplazados, marginados, desconocidos hacinados en los salones de una escuela, donde se espera con impaciencia la llegada de las damas de la caridad que traen víveres, colchones, cobijas y ropa. El hambre y la miseria pululan en los sitios en los cuales los refugiados han encontrado un escape temporal para salvar la vida. La ciudad es enorme, es cruel y cobra su peaje. Como cuota de vida en esta nueva guerra, después de una misteriosa llamada telefónica, Ana desaparece una tarde lluviosa entre la bruma de la ciudad y el trancón habitual de los viernes... nadie vuelve a saber de ella, ni siquiera después de once meses, veinte días y quince horas.

Desalentados por la desaparición de mi hermana y ante el anuncio de algunos vecinos de la vereda, que hay tranquilidad en Alegrías, una madrugada de cielo estrellado se inicia el camino de regreso. Tedy nos recibe en el paradero de las chivas como si hubiéramos salido ayer; la tienda, la tierra, las vacas y las cosechas administradas en la larga ausencia por "Pelaíto", se encuentran como se dejaron. El casero da cuenta de todo y de la llegada una semana después de la partida de la familia, de una extraña comisión de jóvenes en sudadera negra, con la orden de controlar el cuidado de las cosas de la casa, los animales y los sembrados.

—Así se ha hecho durante todo este año —dice, mostrando las cuentas de la producción, las compras y las ventas.

El ejército deja un puesto de control con un suboficial y cuatro soldados, antes de marcharse de la zona. Otros militares distintos llegan portando brazaletes con la bandera como distintivo y otros nuevos militares, distintos a los anteriores, llegan con la consigna de cuidar los bienes de los desplazados. La confusión es grande porque los tres bandos en pugna usan similares insignias y hablan en iguales términos. Papá y mamá resuelven actuar con prudencia, atender a todo mundo y facilitar la ayuda que se les solicita por parte de las tres vertientes de combatientes. Asisten a las conferencias en el parque, gritan las arengas de ocasión y sienten que la paz se cuida cuando los guerreros se enfrentan en el billar o en el conversatorio de un tinto, sin presentarse, sin sospecharse y sin agredirse.

Una noche oscura de lluvias frías, llega un nuevo contingente de soldados; el avión fantasma pasa rosando los árboles del patio, asustando al perro y las gallinas. Sigue su vuelo hacia la montaña, mientras los lugareños temerosos vigilan por las

hendiduras de las ventanas o desde la imprudencia de los patios descubiertos. Los estallidos de las bombas hacen temblar el suelo e iluminar el cielo. Cuatro horas dura el combate. Desde la montaña bajan las balas perdidas como tratando de encontrar un alma en pena.

En el pequeño parque del caserío colocan los cadáveres de los cinco soldados y los cinco guerrilleros, en lados opuestos. Era fácil calcular el precio pagado por defender la patria. Una joven guerrillera, de impecable camuflado, presenta una herida en el pecho. Todos la reconocen con asombro... ¡Anita!

Papá es condenado a veinte años de presidio por supuesta insurgencia. Mamá logra la libertad en pocos días. Se vende la tienda y la finca para pagar los abogados. Alegrías desde entonces es un recuerdo.

Actualmente se logra sobrevivir con el producto de la venta de estampas de santos y artículos religiosos en un puesto callejero frente a la iglesia catedral... solamente nos queda la compañía fiel del viejo Tedy y... un poco de fe...